

IMAGINEMOS UN PERÚ MEJOR ... Y HAGÁMOSLO REALIDAD

Francisco
Sagasti

Artículos y
entrevistas
1985-2015



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

*La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

**IMAGINEMOS UN PERÚ MEJOR
... Y HAGÁMOSLO REALIDAD**

©FRANCISCO SAGASTI, 2021

Corrección de estilo: Leila Samán

Ilustración de portada: Grettel Montesinos

Diseño de portada e interiores: Departamento de diseño de Editorial Planeta Perú

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Perú S. A.

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: julio 2021

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-319-666-0

Registro de Proyecto Editorial: 31501202100286

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2021-05953

Impreso en ANIBAL PAREDES EDITOR S.A.C

Jr. Dávalos Lissón N.º 135 – Oficina 201, Cercado de Lima

Lima – Perú, julio 2021

IMAGINEMOS UN PERÚ MEJOR ... Y HAGÁMOSLO REALIDAD

Francisco
Sagasti

**Artículos y
entrevistas
1985-2015**

Contenido

Nota preliminar **9**

Prólogo a la segunda edición **11**

Prólogo a la tercera edición **15**

Introducción. Historia de nuestro tiempo **23**

IMAGINACIÓN, FUTUROS Y REALIDAD

Imaginemos un Perú mejor **31**

Recursos y opciones tecnológicas para el futuro **35**

Mirando el futuro: deuda externa, minería, exportaciones **41**

¿Hacia el desastre o hacia un nuevo Perú? **50**

Visión, estrategia y concertación **54**

Perú 2050: remontando obstáculos **58**

GOBERNABILIDAD Y ESTADO

La crisis de gobernabilidad democrática en el Perú **63**

Hacia la descentralización económica **73**

Poder e información en el Estado moderno **77**

Más allá del mercado: un nuevo sueño latinoamericano **82**

Aprovechar las lecciones: la reforma del Estado **85**

No reducir, sino redistribuir el Estado **90**

¿Derecho o deber? **94**

Reflexiones para un presidente **97**

AGENDA: PERÚ

La propuesta de Agenda: PERÚ **106**

Agenda: PERÚ, una visión común es indispensable **113**

Agenda: PERÚ: diez años después **118**

Veinte años... **131**

Agenda para el bicentenario: seis temas claves **135**

ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

En el umbral del siglo XX **139**

El desarrollo en la transición al siglo XXI:

una perspectiva latinoamericana **144**

Estrategia y promesa al iniciarse un nuevo siglo **159**

Crisis y promesa en la vida peruana **166**

No podemos seguir en piloto automático **172**

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Una ardua tarea: ciencia, tecnología y la
encrucijada en América Latina **179**

No se puede innovar por decreto **184**

El misterio del ministerio **188**

PUYAS Y REFLEXIONES

¡Basta ya, Zavalita! **195**

¿Competitividad? **198**

Los nuevos tontos útiles **202**

Planes de gobierno: ¿ropa interior o vestimenta? **206**

Mediocridad **209**

Universidad Católica **211**

Mis hijas y El Virrey **214**

El último cierre **217**

Epílogo **219**

*A la memoria de Enrique Zileri Gibson, y a la presencia de
Enrique Felices Garcés y Max Hernández Camarero, amigos
entrañables que me señalaron siempre el camino correcto.*

Nota preliminar

Los textos incluidos en este libro, escritos en diversos momentos a lo largo de los últimos treinta y cinco años, apuntan a reducir las brechas entre imaginación y realidad. Las extraordinarias posibilidades de progreso de nuestro país pasan desapercibidas en una bruma de rencores políticos que atrofian nuestra percepción. Avances parciales, pero reales, y esfuerzos menores, pero significativos, parecen insuficientes. La embriaguez de aspiraciones irrealizables desvaloriza todo logro que no sea la fantasía del cambio total imaginado.

Algo que aprendí de mis maestros y mentores es que, si no cultivamos y conservamos la capacidad de imaginar situaciones mejores, no seremos capaces de salir de las crisis a las que periódicamente estamos expuestos todos en este mundo. Aprendí también que la imaginación por sí sola es insuficiente. Es esencial vincularla con la realidad y cerrar las brechas que separan el ámbito de las ideas y el de las acciones. En el Perú el divorcio entre imaginación y realidad nos ha pasado una enorme factura —promesas incumplidas, expectativas defraudadas y sueños que se convierten en pesadillas.

Pero las peruanas y peruanos hemos demostrado, una y otra vez, nuestra capacidad de resistencia, de recuperarnos de las crisis, de imaginar y realizar futuros mejores. Es hora de hacerlo nuevamente. Espero que este libro contribuya en algo a esta crucial tarea.

Agradezco a Lucía Málaga y a Giacomo Ugarelli por su ayuda en la selección y revisión de los textos reunidos en este volumen, y a Silvia Charpentier por la revisión de la edición final.

FRANCISCO SAGASTI HOCHHAUSLER

Junio del 2021

Prólogo a la segunda edición

Resulta difícil llenar los casilleros de «especialidad» y «ocupación» en el fichero personal de Francisco Sagasti. ¿Cómo ubicar a un ingeniero industrial embrionario que se orientó hacia la investigación operacional y ciencias de sistemas sociales, y obtuvo un doctorado en la Universidad de Pennsylvania en esa enjundiosa materia? ¿Y cómo precisar el cau cau de un PhD que después ha sido miembro del Consejo Consultivo de Política Científica de la Unesco, presidente del Consejo Consultivo de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo en las Naciones Unidas, jefe de Planeamiento Estratégico del Banco Mundial, y muchas, muchas cosas más?

Total, ¿ingeniero o economista, científico o sociólogo, Leonardo da Vinci o Mago de Oz? Bueno, Sagasti negará con académica modestia toda vinculación con cualquier última cena y rechazará cualquier atisbo de creencia en la magia, pero el flaco es bastante de todo lo mencionado y, sobre todo, es un libretista que busca conjugar los esfuerzos de varios actores en la ruta (no necesariamente amarilla, como en la película) hacia el desarrollo de no solo niñas, leones y espantapájaros. No por nada creó en 1967, en sus años de estudiante en Pennsylvania, un programa computarizado de coreografía que fue ejecutado por los alumnos de danza experimental de la universidad sin que nadie se cayera del prosenio.

Ahora, a los cincuenta y cinco años, Francisco Sagasti es un personaje cosmopolita y políglota, pero peruano de guitarra y cajón (o, más exactamente, de avión); un nómada planetario por formación, función, convicción y obligación, y un renacentista posmoderno y transmilenario.

Renacentista porque en la especialidad de estudiar y trazar estrategias para el desarrollo y decantar transferencias tecnológicas, que eso es lo que hace, y para tratar de inventar, como Leonardo, paracaídas que permitan descender en el futuro sin excesivas contusiones, debe conjugar múltiples disciplinas.

Sagasti es, además, un intelectual tecnocrático del posmodernismo transmilenario porque se desempeña en un mundo «globalizado pero fracturado», como él lo define en base a su constante participación, casi siempre como conferencista, en lo que hasta ahora suman unos doscientos cincuenta foros internacionales de alto nivel —un mundo en el que muchas reglas han desaparecido, pero no el apetito de los tiburones por las anchovetas; un mundo que rota en esta transición milenaria frente a desafíos feroces y abismos profundos, pero también ante posibilidades extraordinarias.

Sagasti es, por otro lado, un compatriota inusual: no cree, por ejemplo, que en Trujillo nació Dios, como en el fondo suponemos la mayoría de los peruanos, ni que alguna divinidad eventualmente proveerá.

Por el contrario, este gurú con aspecto de gurú se ha especializado desde hace un buen tiempo en otear el futuro con el objeto de evaluar problemas y proyectar soluciones. Y aceptemos que, sin ignorar las múltiples virtudes de nuestro querido país, eso de prevenir tampoco es una característica nacional notoria.

En 1980, cuando recibió en las Naciones Unidas el Premio Paul Hoffman de la Sociedad para el Desarrollo Internacional, Sagasti fundó en Lima con Claudio Herzka y Hélan Jaworski el Grupo de Análisis para el Desarrollo (Grade), y fue su director general durante siete años.

Después pasó a la jefatura estratégica del Banco Mundial en Washington, a una cátedra visitante en la Escuela de Negocios Wharton en la Universidad de Pennsylvania y a varias otras actividades. Durante su carrera ha sido miembro de múltiples organismos, como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú, y consultor de una infinidad de organizaciones públicas cuyas siglas parecen cubrir el alfabeto,

como IRDC de Canadá, SELA y Cepal de Latinoamérica y el Caribe, PNUD de las Naciones Unidas, etcétera. Pero hace siete años inició su proyecto más ambicioso, Agenda: PERÚ. Alrededor de este empeño reunió tanto talento que buscó la asociación del psicoanalista Max Hernández, como técnico en una planta termonuclear para manejar una masa crítica de neuronas fisionables.

Y es que Agenda: PERÚ no solo busca trazar planes específicos para el futuro y comprender mejor nuestra realidad política, económica y social, sino analizar las múltiples mentalidades que gravitan en el país. Los artículos y entrevistas que contiene este volumen son una selección especialmente significativa de lo mucho que escribe y dice Francisco Sagasti, un proyectista que no ve el futuro como el felizmente anacrónico Nostradamus, pero tampoco cree que, colorín, colorado, esto del subdesarrollo está por haberse acabado.

ENRIQUE ZILERI
Noviembre de 1999

Prólogo a la tercera edición

*La Independencia fue hecha con una inmensa promesa
de vida próspera, sana, fuerte y feliz. Y lo tremendo es
que aquí esa promesa no ha sido cumplida del todo...*

JORGE BASADRE

La primera edición de *Imaginemos un Perú mejor* salió a la luz el mismo año de la caída del muro de Berlín y de la formulación del Consenso de Washington. El corto siglo XX había terminado y el nuevo milenio se presentaba lleno de optimismo. Pronto, la globalización del terrorismo, la sucesión de crisis económicas, el creciente protagonismo de las minorías, las migraciones masivas, el auge de las redes sociales y la polarización política instigada y agravada por los algoritmos de las tecnologías de la información y la comunicación preludiarían la crisis de la pandemia de la COVID-19. En el Perú, que estaba en trance de dejar atrás los años críticos de la violencia y la hiperinflación, vendrían años de crecimiento económico en los que hubo una marcada reducción de la pobreza y la pobreza extrema y la emergencia de una nueva clase media carente de aquellos valores que la caracterizaron o, por decirlo con las palabras de Deirdre McCloskey, sin virtudes burguesas. Por decirlo mal y pronto, el ansiado desarrollo no acompañó esos años de bonanza.

Esta edición aparece luego de tres decenios, cuando el Perú se encuentra en medio de una desigual lucha contra la pandemia en una tierra de nadie económica, pues no cuenta con la posibilidad de endeudarse a bajo costo que tienen los países desarrollados, ni la de obtener la condonación de las deudas adquiridas que tienen las

naciones más pobres; y Francisco Sagasti, el autor del libro, es el presidente de la república.

El título que, a estar por lo que dicen los clásicos, es catáfora del texto, invita a participar de un ejercicio de imaginación. Es un esfuerzo arduo en periodos de crisis aguda, cuando la oscuridad del presente parece eclipsar toda pista. Pero es precisamente entonces que se abren las posibilidades para la imaginación instituyente en las palabras de Cornelius Castoriadis. Para atreverse a invocarla, sostiene Sagasti, nuestra manera de pensar debe pasar de la lógica lineal y la lógica dialéctica a una que acepte y vaya al encuentro de la paradoja, pues cada vez nos encontramos con mayor frecuencia en situaciones en las que «el postulado A está en contradicción con el postulado B, y ambos coexisten en forma simultánea sin posibilidad de conclusión o síntesis».

Inspirado en el *Plan del Perú* de Lorenzo de Vidaurre, *El Perú contemporáneo* de Francisco García Calderón, y las ideas de nuestros grandes ideólogos de los años treinta, Sagasti encara la promesa de la vida peruana delineada por Jorge Basadre. Empieza por subrayar que la capacidad de idear futuros e imaginarse un Perú mejor se encuentra latente en personas de muy diversas procedencias y extracción social. Para que este ejercicio no termine produciendo «un simple listado de locas ilusiones», la imaginación debe tomar en cuenta con realismo cuáles son nuestros recursos (mar, Andes, ríos, desiertos, selva) y cuáles las opciones tecnológicas (biotecnología, informática, nuevas energías) que permitan la revolución verde, una mayor producción pecuaria y una minería limpia. Debe mirar el presente en función del futuro y viceversa. Debe repensar algunos temas fundamentales en momentos en que la inserción del país en la escena internacional exige una serie de transformaciones internas en lo que atañe a la industria, el papel del Estado, el sistema educativo, la manera de entender los procesos de acumulación y distribución del ingreso, la tecnificación del aparato productivo, etcétera.

Ha pasado mucha agua bajo los puentes, y los artículos y entrevistas reunidos en *Imaginemos...* no han perdido actualidad ni vigencia.

Como entonces, nuestra jornada aún inconclusa hacia la democracia y el desarrollo precisa la puesta en marcha de un proceso de aprendizaje colectivo de búsqueda y definición de la orientación que deben tomar. Ambos asuntos capitales exigen grandes consensos operativos que todavía no hemos podido generar. Se requiere elaborar un tejido en cuya trama estén reunidos los hilos de la transformación productiva y la competitividad, la integración con equidad y justicia social, el respeto al medio ambiente, el impulso a la ciencia y la tecnología, la ocupación racional del territorio con una adecuada infraestructura física, y cuya urdimbre entrelace las reformas institucionales de los poderes y las instituciones del Estado, del sector privado, de la sociedad civil. Tejerlo reclama un cambio de actitud, de mentalidad, de valores, la descentralización y la desconcentración del poder y la atención a nuestra identidad cultural.

Dos posiciones extremas se escuchaban por doquier en 1994:

Lo que estamos viviendo en los últimos años es el deterioro de las instituciones y la desintegración de la sociedad. Estamos perdiendo los valores morales y no hay nada que reemplace lo que está desapareciendo. Vamos hacia el desastre.

Se están rompiendo las viejas estructuras mentales, sociales y de poder. Está surgiendo una nueva manera de organizar la sociedad peruana. Estamos pasando de una cultura de la sumisión a una cultura de la iniciativa individual. Vamos hacia un nuevo Perú.

Ambas implican cuestiones éticas que tendremos que encarar en medio de un proceso de transición hacia valores que armonicen con la sociedad que está surgiendo, con las expectativas en relación al país que queremos y con los principios que queremos que perduren en ellos.

Estas eran versiones mucho más graves y profundas que las que hoy enfrentan a quienes piensan que el Estado debe reducirse

a su mínima expresión para no estorbar el funcionamiento del libre mercado, contra aquellos que consideran necesaria una fuerte intervención del Estado para garantizar el adecuado funcionamiento de la economía. En ellas parecen estar latentes tres utopías que han causado serio daño a nuestra región, de las que es menester alejarse: la utopía estatista, según la cual el Estado puede y debe hacerlo todo; la utopía del mercado, para la que basta dejar libres a las fuerzas del mercado para resolver todos nuestros problemas; y la utopía basista, que ve en la acción de «las bases» lo único que puede llevarnos hacia el desarrollo. Sagasti subraya que deben discurrir al unísono tres procesos para llegar a ser un país gobernable democráticamente: la democratización social, la modernización productiva y la legitimación del Estado. Sin una reducción de las desigualdades de ingreso, de género, de origen regional, étnico y cultural; sin una mayor igualdad de oportunidades; sin una transformación productiva que nos permita ser competitivos utilizando el mercado como instrumento para la asignación eficiente de recursos, pero regulado por el Estado; y sin unas instituciones públicas representativas y eficientes, cercanas a la ciudadanía, con las que sea posible identificarse, la gobernabilidad en democracia seguirá siendo una utopía.

Sagasti sostiene que en estos últimos decenios está ocurriendo un gran cambio, uno de los más importantes que hemos experimentado. El Perú se está convirtiendo en un crisol en el cual se funden y amalgaman una serie de perspectivas y expectativas individuales y de diversos colectivos parciales que pugnan por ser reconocidos. Mientras éramos una sociedad no solo jerarquizada sino también estratificada, con grupos sociales aislados los unos de los otros, algunos de los cuales se sentían más cercanos a partes del mundo situadas en otras latitudes y ajenos al resto del Perú, la idea de una nación integrada, «una comunidad imaginada» —en las palabras de Benedict Anderson—, condición *sine qua non* para la gobernabilidad democrática y el desarrollo nacional, era muy difícil que se lograra concretar.

Un ejemplo práctico fue la apuesta por la gobernabilidad democrática de Agenda: PERÚ. En una sucesión de consultas realizadas a lo largo y ancho del territorio peruano, se recogieron, mediante aproximaciones cuantitativas y cualitativas, ideas, anhelos, esperanzas y preocupaciones de grupos muy plurales, a partir de los que surgiendo una visión compartida de nuestro país. Lo obtenido iba siendo devuelto a los participantes como parte de un ejercicio de retroalimentación permanente y en agradecimiento por el tiempo y las ideas tan generosamente brindados. También fue difundido en forma de textos, material para la reflexión y suplementos especiales para periódicos y revistas. La amplísima respuesta que tuvo la convocatoria de Agenda: PERÚ se explica porque estaba exenta de adscripción política partidaria. Un asunto quedó muy claro: un gobierno democrático tiene que cumplir la responsabilidad de iniciar y sostener un diálogo nacional en el que participen activamente tanto la oposición, como representantes de la sociedad civil organizada y del sector privado. Este proceso de aprendizaje colectivo y creación de confianza entre los actores es imprescindible.

Un tema sobre el que Sagasti ha reflexionado especialmente es el de la vinculación de la comunidad científica con la sociedad. Recuerda que, luego de una visita de Michael Porter, la palabra «innovación» se puso de moda pese a que nadie parecía preocuparse por alcanzar la capacidad científica y tecnológica indispensable para innovar, mediante la renovación del sistema de educación superior. Asunto clave, puesto que, si se quiere participar de la sociedad del conocimiento, es necesario transmitir y difundir las ideas centrales sobre el razonamiento y el método científico, la forma como funciona la ciencia y qué es lo que hacen los científicos.

Este es el gran tema que subyace a la propuesta de creación de un Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación que ha venido circulando en la comunidad científica y tecnológica desde principios del siglo XXI y que ha cobrado relevancia en estos momentos. Hoy como entonces, unos sostienen que es la única manera de dar visibilidad

y concretar el apoyo político al tema, mientras que para otros es una pseudosolución burocrática a un problema estructural que podría tener efectos contraproducentes.

La imaginación debe aterrizar, y para ello, Sagasti, hombre de ciencia, señala una serie de riesgos que los gobernantes democráticos tienen que evitar: los propios de «sistemas de desinformación gerencial» que generan una masa de datos indiscriminados, mal procesados e irrelevantes —que han sido destacados por Russell Ackoff—; el divorcio entre la situación existente y la percepción que el gobernante tiene de ella —que según Yehezkel Dror, suele estar filtrada por el pequeño círculo de asesores y confidentes que decide cuál es la información «importante», lo cual produce un «ajuste automático» entre lo que el gobernante «quiere oír» y lo que su círculo «le transmite»—; y las alertas de Stafford Beer, pionero de la cibernética gerencial, acerca del retraso de los indicadores de la situación económica y social respecto a lo que está sucediendo. En lo que atañe específicamente al Estado moderno, en el que las relaciones entre conocimiento, poder e información son extremadamente complejas, Sagasti se habría anticipado críticamente a la versión corriente de la idea de Foucault de que conocimiento es poder, según la cual la información es conocimiento, ergo, la información es poder. Este silogismo plantearía una verdad a medias: si bien hay una estrecha relación entre estos tres conceptos, no todo conocimiento es fuente de poder, ni toda información fomenta el conocimiento.

Los problemas que enfrenta la gobernabilidad democrática en el Perú tienen raíces viejas y profundas. La conquista europea fue fundación traumática y trauma fundante, un acontecimiento que dio lugar a la inserción del país en el mundo y, a la vez, dio inicio a una brecha entre vencedores y vencidos, y a un complejo proceso de mestizaje y de riquísimo intercambio de culturas. Tres siglos de vida colonial definieron un orden social, económico e institucional, pero sobre esa fractura se amalgamaban acervos culturales españoles, americanos y africanos. Doscientos años de vida republicana han visto cómo las

migraciones internas y externas han ido modificando lentamente la topografía social y los colores del paisaje demográfico.

Llegamos al Bicentenario en medio de un orden global fracturado en el que coexisten intercambios comerciales, financieros, políticos, tecnológicos, culturales y ambientales de extensión planetaria y profundas divisiones no solo entre países, sino también entre los diferentes grupos sociales. Los procesos de homogeneización cultural y afirmación de la identidad —asociados ambos al impacto de los medios de comunicación masiva—, los desafíos que implica la conservación del medio ambiente cuando no se puede confiar ciegamente en la capacidad regenerativa natural de los ecosistemas, el ritmo acelerado de los avances científicos y los cambios tecnológicos coinciden con una serie de demandas de bienes, servicios, reconocimiento, justicia, equidad, orden y paz que han desbordado la capacidad de las instituciones del Estado, del sector productivo y de las organizaciones sociales para satisfacerlas.

Las impredecibles consecuencias de estos procesos y la creciente complejidad de los avances científicos y tecnológicos, tanto como la urgencia de las demandas de los sectores marginados, presentan a los intelectuales, a los gobernantes y a los expertos un extraordinario desafío: desarrollar los conceptos que ayuden a entenderlos y a diseñar soluciones. Tres autores que Francisco Sagasti conoce muy bien le permiten ofrecer una síntesis estupenda y esperanzada, y decir con Ralf Dahrendorf que hemos aumentado las «oportunidades vitales» para una gran parte de la población mundial, con Amartya Sen, que hemos ampliado la «gama de capacidades humanas» y con Raúl Prébisch, que estamos en una situación en la cual, por primera vez en mucho tiempo, «las ideas van a la zaga de los hechos».

Hoy, al terminar de leer el libro, pese a que la pandemia ha hecho que la proximidad y el contacto, en vez de facilitar la comunicación, activen la desconfianza y el rechazo del «otro», la incertidumbre —condición intrínseca a los sistemas democráticos— ha alcanzado niveles altísimos y la desinstitucionalización cobra sus tributos, uno

piensa que es posible realizar la promesa de la que habló Basadre. Tenemos una «diversidad de diversidades» —biológica, ecológica, energética, étnica y cultural—, poseemos una amplia variedad de los recursos naturales que demanda la economía global, tenemos reservas de agua y una estructura demográfica favorable por la proporción de jóvenes en relación con la población total. Para cumplir esa promesa, Sagasti nos dice que es menester superar cuatro grandes obstáculos: el divorcio entre el pensamiento y la acción, la tentación autoritaria, la aversión al riesgo y los remanentes de racismo y discriminación.

«El objetivo de cualquier presidente debe ser hacerse prescindible, no imprescindible. La más importante contribución que puede hacer un buen presidente es que toda su obra y su labor continúen sin él», escribió Sagasti hace muchos años. Al inicio del prólogo mencioné, como de paso, que hoy es presidente de la república. Por la patria y por mi amistad, querido Francisco, espero que sea así.

MAX HERNÁNDEZ CAMARERO

Junio del 2021

Introducción

HISTORIA DE NUESTRO TIEMPO¹

Esta colección de artículos periodísticos y entrevistas empieza con un extracto editado de la que me hiciera el notable intelectual peruano Fernando Silva Santisteban, como parte de su libro *Historia de Nuestro Tiempo* (1995), donde toca varios de los temas a los que volveremos recurrentemente en este libro.

¿Qué cambios históricamente significativos se han producido en el Perú en los últimos cincuenta años?

En el Perú de los últimos cincuenta años se han producido varias olas de cambio muy significativas: la primera empieza a principios de los cincuenta con la explosión demográfica y el crecimiento de expectativas sociales, se acelera enormemente durante el gobierno del general Juan Velasco Alvarado y el de Francisco Morales Bermúdez, para luego encontrar otro impulso significativo durante los años ochenta que, luego del retorno a la democracia, desembocó en la crisis económica, la hiperinflación y la barbarie de Sendero Luminoso. El Perú de los noventa es muy diferente al Perú de los cuarenta.

¿Consideras necesaria o resulta ya anacrónica la formulación de un Proyecto Nacional?

No resulta anacrónica en general, pero hay dos maneras de concebir un Proyecto Nacional. La primera es la concepción heredada del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) de los años sesenta y setenta,

1 Fernando Silva Santisteban (ed.), *Historia de nuestro tiempo*, 1.ª ed., Colección Biblioteca Universidad de Lima (Lima: Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial, 1995), 341-351.

que llegó a su máxima expresión con la idea de definir metas fijas y una imagen-objetivo para treinta años, es decir, una visión estática del futuro de nuestro país. Esto es anacrónico y no tiene sentido. Otra forma de concebir el Proyecto Nacional es entendiéndolo como un proceso colectivo de búsqueda y definición de la orientación que debe tomar nuestro desarrollo. Esto no solo es viable, sino necesario. En el Perú no hemos podido todavía generar los grandes consensos operativos acerca de la dirección en la que queremos avanzar; tampoco hemos podido articular una idea compartida de hacia dónde y por dónde queremos transitar. Más que una imagen-objetivo fija e inamovible del futuro de nuestro país, esto debería llevarnos a definir el Proyecto Nacional como proceso participativo para definir el rumbo que debemos seguir, y que debería ser reformulado y adaptado continuamente para adecuarse a las cambiantes circunstancias.

¿Por qué crees que no se ha cristalizado entre nosotros ese sentimiento de protagonismo hacia una realización nacional como lo han tenido otros países?

En estos últimos quince años el Perú recién se está convirtiendo en un crisol en el cual se funden una serie de perspectivas y expectativas parciales, y este es uno de los cambios más importantes que hemos experimentado. Mientras teníamos una sociedad estratificada, con diferentes grupos sociales aislados los unos de los otros —algunos de los cuales se sentían más cercanos a otras partes del mundo y ajenos al resto del Perú—, era muy difícil que se lograra concretar una idea de nación integrada, que es esencial para el desarrollo nacional. Este proceso se inició en los años cincuenta y se aceleró a partir de fines de los sesenta. Reconocer el quechua como idioma oficial fue un cambio cualitativo en el que la lengua de un 40 % de los peruanos, que permaneció ignorada durante siglos, se reivindicó.

A partir de ese momento, y por muchas otras razones que incluyen el terror desatado por Sendero Luminoso, empezamos a sentirnos, poco a poco, cada vez más iguales. El terrorismo nos obligó a

confrontar nuestros propios demonios y nos igualó en el miedo: los ataques de Sendero, sea ya en las alturas de la sierra, en los barrios periféricos y pueblos jóvenes, en Miraflores o San Isidro, o en otros lugares, nos hizo compartir los mismos apagones, las mismas preocupaciones, los mismos temores. Todo esto formó un caldo en ebullición, una base para lo que podría ser el guiso de la nacionalidad peruana que todavía estamos cocinando. Debemos tomar conciencia de que este es un proceso aún en sus etapas iniciales; debemos estimularlo y apoyarlo, articularlo de manera coherente, y orientarlo hacia direcciones compatibles con la evolución de un mundo cada vez más globalizado.

¿Crees que nos preocupa demasiado lo externo —sin dejar de reconocer su importancia para el desarrollo—, y que quizá deberíamos pensar en otro tipo de modelo? Hay una tendencia, un síndrome de modelos extranjeros. ¿No deberíamos pensar en nuestra plenitud, produciendo lo fundamental, como, por ejemplo, alimentos?

Con lo externo hay dos niveles de preocupación —voy a emplear una expresión muy limeña—: uno huachafo y muy extendido, y otro más serio que tiene menor vigencia. El nivel huachafo consiste en preocuparse por el qué dirán, por las apariencias y por nuestra imagen externa. Ejemplos de esta huachafería son el estar comparándonos siempre con otros, preocupándonos por imitar modelos de desarrollo. Es una preocupación superficial y consecuencia de no haber cristalizado una identidad propia. El segundo nivel se refiere al conjunto de fuerzas, tendencias y cambios fundamentales que se están dando en el contexto internacional, sobre los cuales hay muy poca comprensión. De una manera u otra, estos cambios exigen que los tomemos en cuenta y nos adaptemos a ellos, no solo para seguirles la corriente, sino para aprovecharlos en beneficio nuestro y lograr nuestros objetivos.

No veo ninguna contradicción entre preocuparnos por el bienestar de los peruanos y, al mismo tiempo, por insertarnos bien, de una manera razonable, en los circuitos financieros, comerciales,

tecnológicos, culturales, intelectuales del ámbito internacional. Podemos hacer las dos cosas bien; y quienes plantean que es necesario tener en cuenta primero los aspectos internos, y solo después pensar en el mundo que nos rodea, están profundamente equivocados. No hay forma de resolver nuestros problemas internos de desarrollo tecnológico, de producción de alimentos, de servicios básicos, entre muchos otros, si a la vez no tenemos una estrategia inteligente y bien pensada de articulación de nuestro país con el resto del mundo.

¿Esa sería la clave: el equilibrio de esa preocupación tanto por lo externo como por lo interno para la gobernabilidad?

Sí, es como una bisagra. Quien dice que hay que preocuparse solo por lo interno tiene una bisagra de una sola hoja; eso no sostiene una puerta. La gobernabilidad democrática tiene raíces tanto externas como internas. Hay un conjunto de problemas de gobernabilidad que surge del hecho de que el Estado nación está siendo amenazado tanto por presiones globales desde arriba como por demandas internas desde abajo. Pero yo diría que el problema de la gobernabilidad que tiene nuestro país actualmente se deriva de razones históricas recientes, es un problema que tenemos que afrontar primero internamente. Si logramos afianzar la gobernabilidad democrática, podremos sentarnos a negociar en el ámbito internacional en lo económico, financiero, político, cultural y tecnológico con más legitimidad y mayores posibilidades de éxito.

Para un buen gobierno, ¿cuáles consideras que serían los problemas más inmediatos, o más importantes, que tenemos que enfrentar?

La gobernabilidad democrática y el buen gobierno en el Perú requieren avanzar a lo largo de tres grandes ejes o procesos. En primer lugar, la democratización social, que nos debe llevar a una reducción de las desigualdades, a sentirnos más identificados unos con otros, y a considerarnos parte de una misma nación. Debemos evitar y superar lo que me dijo una vez una señora limeña: que se sentía más cercana a

una señora de Miami que a una del Cusco. Es necesario reducir las desigualdades de ingreso, de género, de origen regional, étnico y racista, que todavía persisten de una manera absurda en el país; pero, sobre todo, es necesario reducir la desigualdad de oportunidades.

El segundo proceso tiene que ver con la modernización productiva, en el sentido de que, de una u otra forma, tenemos que aprender a utilizar el mercado como instrumento para la asignación eficiente de recursos, pero regulado por el Estado, con el fin de avanzar hacia una economía viable y sostenible. Debemos reservar al Estado la supervisión y regulación de los mercados, la provisión de seguridad y bienes públicos, la generación equitativa de oportunidades para todos, y la satisfacción de las necesidades básicas de los más desfavorecidos, asuntos que no pueden resolver ni el mercado ni la sociedad civil actuando cada uno por su cuenta.

El tercer proceso es la legitimación del Estado, que debe llevarnos a todos los peruanos a identificarnos con unas instituciones públicas representativas y eficientes, cercanas a la ciudadanía, de tal forma que podamos decir: «nuestro» Poder Judicial, «nuestro» Congreso, «nuestra» Policía, y extender estos «nuestro» a muchos otros ámbitos del sector público.

Cuando hayamos avanzado lo suficientemente en estos tres procesos estaremos en camino hacia consolidar la gobernabilidad democrática. Sin democratización social, sin modernización productiva y sin legitimación del Estado no llegaremos nunca a ser un país gobernable.

¿Qué hacemos para enfrentar el gravísimo problema de la moralización del país?

Este es un problema grave que tiene una doble interpretación. En primer lugar, «moralización» entendida como el proceso de transición hacia nuevos valores que estén de acuerdo con la sociedad que está surgiendo y con lo que queremos ser como país. En segundo lugar, «moralización» entendida como el respeto a los principios que nos

gustaría que formen parte del nuevo conjunto de valores que prevalecerán en el futuro.

En el primer caso, moralización implica el respeto y la vigencia de valores y prácticas democráticas que permitan a todos los peruanos expresar libremente sus puntos de vista, participar activamente en la vida nacional, sin excluir a nadie. Desde este punto de vista, lo moral es inclusión, participación, tolerancia, apertura, transparencia, balance de poderes, respeto a las libertades fundamentales; es decir, todo aquello que contribuya a gobernarnos bien en democracia. En el segundo caso, lo moral son los valores de responsabilidad, solidaridad, respeto, honestidad, integridad, equidad, autonomía, derechos humanos; es decir, todo aquello que nos hace mejores personas.

Creo que una de las mejores maneras de moralizar el país y poner en práctica todos estos valores es a través del ejemplo en nuestras propias vidas: rechazando la arbitrariedad y el abuso, y enseñar todos estos valores practicándolos.